



Asunción Sánchez, 90 años.
Laura Amores, 25 años

De la tierra al recuerdo

“Ay, hija, ¿cómo habría imaginado acabar en una residencia así, tan cara, tan bonita...? Cuando en mi familia apenas había nada que llevarse a la boca y el pan era un lujo que se pagaba con el sudor de la dura jornada de trabajo.” Fueron las palabras de una bisabuela a una joven que escucha atenta su historia. Asunción Sánchez pensaba que eso escapaba a sus posibilidades desde que nació, cuando un jornal recogiendo aceitunas se traducían en la cena de una familia de siete hijos.

Pisó Madrid por vez primera para ayudar a su hermana pequeña, Agustina, que estaba encinta, y desde hacía años había abandonado su pueblo extremeño para emprender una nueva vida en la capital. Como otras chicas del pueblo, su hermana había decidido salir de Coria de Cáceres, porque el hambre era una constante en su casa. Asunción decidió no seguir su ejemplo y dejar atrás su hogar y especialmente su novio, Victoriano, que vivía a dos puertas de su domicilio.

Cuando llegó a la gran ciudad descubrió que su hermana gozaba de todo lo que podría necesitar al vivir en casa de su suegra. Pensó regresar al pueblo, pero una amiga le ofreció trabajar como criada para un matrimonio mayor, adinerado y sin hijos. Asunción no se lo pensó, era el momento perfecto ya que, como su novio estaba prestando el servicio militar, no la estaría esperando a su regreso.

Durante cinco años estuvo sirviendo en la casa de doña María y don Juan. Recuerda aquellos días con ternura. Doña María, una señora alta y rubia, no la trataba como a una criada, sino como si fuera su propia hija, llamándola cariñosamente “la niña”. Con el paso de los años el señor de la casa, don Juan, padeció una enfermedad mental y falleció, y Asunción se convirtió en la familia más cercana de doña María.

Por aquel entonces, Victoriano trabajaba como ambulante de Correos, cubriendo el trayecto Madrid-Irún, y le pidió matrimonio. Regresaron al pueblo durante las fiestas de San Juan, las más importantes en Coria de Cáceres, del 23 al 29 de junio, para darle la buena noticia a la familia. El 2 de octubre de 1942, con 27 años, se casaron en la iglesia del Espíritu Santo. La pobreza de los españoles del mundo rural no había cambiado, prueba de ello era que sólo pudieron asistir a la boda su madre y uno de sus hermanos, además, sólo amigas de Madrid.

Cuando Asunción quedó embarazada de su primera hija, María Jesús, dejó de trabajar en la casa de doña María, a pesar del vínculo afectivo que se había creado entre ambas. Aún pasean por su mente las tardes que pasó con ella, esperando que su marido regresara de Irún cada tres días.

Después de dar a luz trabajó de secretaria en la consulta de un dentista durante un año, y después, de limpiadora en un banco en la calle del Barquillo, hasta que la más pequeña de sus hijas se hizo cargo de ella.

Asunción y Victoriano tuvieron dos hijas más, Asunción y Carmen, con las que pudieron disfrutar los buenos momentos que tuvieron, como salir de vacaciones a la playa, algo tan cotidiano en nuestros días y tan lujoso en aquellos.



Pese a todo, la vida no ha sido muy considerada con ella. La soledad se ha convertido en compañera impuesta con el paso de los años. Primero sustituyó a su marido, después a su hija Carmen, fallecida tras una férrea lucha contra el cáncer. Ahora la acompaña mientras hace ganchillo y cuenta su historia a quien se preste a escucharla.

Nació en 1915 en Coria de Cáceres, el pueblo más grande de su comarca. Sin embargo el tamaño no se ajustaba a la pobreza que había, donde unos eran los dueños de toda la riqueza y el resto trabajaba con un desmesurado esfuerzo por la subsistencia. Así fue el comienzo de su existencia. Vivía con sus padres en una casa estrecha y larga en el centro del pueblo.

Ya en su tierna infancia se vio obligada a trabajar para contribuir a la supervivencia de su familia, esfuerzo que tuvo que aumentar al enfermar su padre de corazón. Con el cabeza de familia imposibilitado, Asunción alternaba con su madre las tareas de la casa y el cuidado de su padre con las del campo. No rechazaba ninguna oportunidad de laborar, recolección de aceituna, bellotas, pimiento de pimentón, cereal,... sembrar, segar o recoger, ocho horas a pleno sol de intensa actividad en las aparcerías para conseguir dos pesetas, y con ellas comprar la comida para toda la familia -padre, madre y siete hermanos-. Aún así estaban agradecidos porque gozaban de una porción de tierra que les proveía de judías, lechugas y cebollas. Incluso disfrutaban de la generosidad de los ricos del pueblo, especialmente de doña Arajeme, la esposa del médico, que a sabiendas de la precaria situación en la que vivían y del delicado estado de salud de su padre les entregaba esporádicamente pan, leche condensada, aceite o incluso el dinero de un jornal, dos pesetas. Si no, siempre les quedaba ir al monte por leña y vender cada haz por seis reales. "¡Ya teníamos para cenar!", dice Asunción, o lavar un barreño de ropa y conseguir jabón para lavar la suya.

La casa de Asunción era conocida por el mote de su padre, "Nuestro Señor", que recibió este sobrenombre por la siguiente anécdota. Un día estando en el taller donde trabajaba, quedó atrapado entre una pared de adobe, y extendiendo los brazos preguntó a sus compañeros qué parecía: "Nuestro Señor", dijeron, y desde entonces a todos los conocían por este nombre, la mayor de "Nuestro Señor", le decían a Asunción. Desgraciadamente, su casa también fue conocida por la joven muerte de su padre, a los 38 años.

Detrás del brillo de sus ojos se esconde una vida llena de trabajo, angustia y lucha pero también una luz blanca que rememora sus mejores momentos. En el pueblo eran escasas las diversiones, mas cuando llegaban las fiestas de San Juan todos olvidaban el sufrimiento. Con 18 años estrenó sus primeros zapatos, "muy bonitos, pero tan duros que me hacían daño; tenía ganas de ponérmelos pero también de quitármelos", bromea Asunción. Sin embargo su madre prefería que no los usara, nunca se sabía. Así que aprendió a hacérselos ella misma con goma que encontraba en el basurero y cosía con una aguja que le hizo un amigo con la varilla de un paraguas. Y ya tenía zapatos con los que bailar en la plaza a ritmo del tamboril. "No te acordabas de que cuando llegaras a tu casa tu madre tuviera poca comida o estuviera lloviendo y al día siguiente no hubieses podido salir de casa para trabajar porque no te podías mojar la única ropa que tenías".

También añora el carnaval, otro momento de regocijo común, donde los más jóvenes echaban a volar su imaginación creándose disfraces con los ínfimos medios de que



disponían. En una ocasión, junto con una amiga, simularon ser gitanas, que vendían gatos y tocaban la guitarra.

La guerra llamó a la puerta de Coria, como en cada rincón de España, aunque acaeció sin enfrentamientos. Todo comenzó cuando Asunción se encontraba con sus amigas en la plaza del pueblo, y desde el fondo irrumpieron varios camiones de carabineros disparando al aire. Bajo la falsa promesa de una invasión pacífica, el Ayuntamiento, con integrantes del partido republicano, cedió el poder a las fuerzas militares que posteriormente les ajusticiaron.

Asunción, al igual que otras chicas, buscaba cigarrillos por las tabernas para hacer lo más agradable posible el arresto de los que se encontraban tras las rejas, entre ellos su tío Constante. La dureza de la guerra estuvo reflejada en el miedo a la libre conversación y al sometimiento de los militares. Incluso tuvo que trabajar como ayudante en la confección de los uniformes de los falangistas, "sin llegar a cobrar ni una peseta", en un taller dirigido por un familiar del ministro republicano Indalecio Prieto.

Como se ha podido comprobar, noventa años dan para mucho, pero Asunción no quiere contar más, es su vida y quiere guardarla para ella, pero esa chica está satisfecha, ha aprendido bastante, ha escuchado lo que podía ser su pasado, pero es sólo eso; su futuro está por escribir.

A Asunción, sin embargo le quedan menos cosas, por eso, cuando ahora pasea por la estación de Príncipe Pio apoyada en el brazo de una de sus hijas, le es difícil aguantar las lágrimas; toda su vida desfila ante sus ojos como un tren, el que acaba de contar, como el tren Madrid-Irún que cada tres días se llevaba a su marido. Así ha visto como cambia la vida: de pasar hambre a ver la felicidad en la cara de sus tres nietos y su bisnieto. Únicamente le queda la esperanza de ganar un concurso para viajar a cualquier lugar, el que ella elija por placer y no por necesidad, eso sí, sin dejar atrás sus recuerdos.

Lo importante de la vida

Asunción está orgullosa de cuanto ha hecho. Lo repetiría todo sin pensarlo dos veces. Reconoce que ha trabajado mucho, pero que al ser por sus padres no le importó. Como cualquier persona, siempre hay algo que se le pediría a la vida si con ella se pudiera tener una conversación. Habría ansiado que sus padres hubieran vivido más años, y más específicamente a su padre.

A la hora de criticar Asunción lo tiene claro. La gente de ahora es diferente a la de entonces, aquella que tuvo que pasar hambre y miseria. Los hijos no son con los padres como antes. Y eso le duele.

"¿Por qué consisten los hijos que sus padres estén en una jaula de oro?", se pregunta cada mañana Asunción. Por muchas comodidades y cuidados que reciban nuestros mayores en las residencias les falta algo que ni la mejor ni más cara del mundo le puede proporcionar: cariño. Y es que cada mañana lo primero que ven sus ojos es una señora con bata blanca que le pregunta cómo ha pasado la noche. Ningún nieto que le despierte con un dulce beso en la mejilla, ninguna sonrisa de sus hijas. Así su vida sería perfecta, pero entiende que no pueda ser. Por eso sigue dándole gracias a Dios



porque tiene dinero para estar allí. “Mientras podáis, no se os ocurra tener a una madre metida en su sitio de éstos...” repite Asunción, es su consejo a los jóvenes.

Asunción no está sola, vive con otros ancianos en la misma situación, pero en soledad, nadie le coge la mano cuando llora, nadie la contradice cuando tiene una rabieta, nadie. Piensa que al fin y al cabo son “como un coche viejo”, que espera que se le agoten los días. Pero no por eso va a rendirse. Afirma decidida que mientras le quede aliento y manos con las que trabajar seguirá haciendo ganchillo, jugando al bingo o hablando con quien quiera escucharla. Carece de sentido esperar a la muerte sentada.

Con sus 90 años ha vivido mucho, desgracias y alegrías. Si de algo está segura es de que para caminar por la vida es preciso tener los ojos bien abiertos, estar alerta. Aconseja tener mucho cuidado con ella, “porque todo no es reluciente”, dice. Lee un poema que se llama “Carnaval”: una máscara en la vida sobre la cara llevamos, que a capricho nos ponemos y a capricho nos quitamos, nadie hace lo que piensa, ¡qué raro es ver gente con la cara descubierta!... Aconseja aprenderlo. Por su experiencia sabe que las personas no son lo que aparentan. Todos son muy buenos hasta que lo dejan de ser.

Aún así su filosofía se resume en dos líneas: “Estoy contenta. Hay que estar contenta. No se adelanta nada con poner a la vida cara de enfadada”.